

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL TEMAXCALL

DE NETZAHUALCOYOTL EN LA NOCHE ANTE HERNAN



MAUCCI H^{os} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
TERCERA SERIE.—DESPUÉS DE LA CONQUISTA

EL TEMAXCALL
DE
NETZAHUALCOYOTL EN LA NOCHE,
ANTE HERNAN...
POR
HERIBERTO FRIAS



MÉXICO
Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 7*
1900



El Temaxcall de Netzahualcoyotl

EN LA NOCHE,

ANTE HERNÁN...

La laguna de Texcoco se encuentra en las sombras de una noche profunda... No hay estrellas en el cielo... la vasta extensión del firmamento está invadida por nubarrones espesos y negrísimos... Las olas del lago aparecen sombrías y lúgubres y van á morir á las orillas de *Tenochtitlán* por el Poniente, lanzando melancólicos rumores... Graznan las aves nocturnas... y pasan, volando muy lentamente de una á otra ribera... Y sus graznidos horrendos se pierden en las tinieblas, cual si fueran acentos espantosísimos de

atroces maldiciones allá en un mundo de fantasmas y espectros!

¡Qué siniestra, qué triste era aquella noche en que las nubes de una tempestad próxima invadían el cielo, haciendo aún más densa la obscura tenebrosidad infinita del cielo!

En una de las riberas que daban hacia lo que ahora se llama Guadalupe, cerca del célebre cerro del *Tepeyac*, se encontraba en aquella lóbrega noche la figura de un alto personaje, seguido por la silueta delicada y aérea de una joven, que debía ser bellísima...

¡He aquí la conversación que tuvieron en el silencio de la noche!

*
* *

—¿Estáis segura, Marina, de que el capitán siguió con sus bergantines hasta *Texcoco*?

—¡Oh, sí... señor... Augusto señor!...

—¿Y estás segura también de que tendrá que volver pronto?...

—¡Segurísima, señor!

—¿Y por qué crees que deban por lo pronto acercarse de nuevo á *Tenochtitlan* y no á su palacio de *Coyoacan*?

—¡Ese es el misterio, señor... eso es lo que



no comprendo! contestó con angustia la negra figura á quien la otra llamaba Marina.

—¿Conque entonces crees tú en algún misterio:

—¡Oh! Sí, señor... ¡Es que sus enemigos le han preparado una espantosa emboscada para que en ella perezca!...

—¿Qué es lo que dices, infeliz Marina, qué es lo que dices?

—¡Lo que habéis oído, *Monseñor!*

—¿Y en qué te fundas para asegurar esas palabras que te pueden costar la vida, miserable?

—¿En qué, en qué, en qué, señor? ¿Y me preguntáis en qué? gritó entre las hembras Marina contemplando la alta y lóbrega silueta de su compañero, mientras allá á lo lejos en las profundidades del cielo la negrura era más terrible... ¡El lago de *Texcoco* aparecía más siniestro y arriba todo eran nublazones espesísimas, en tanto que vagos rumores tristísimos parecían salmodiar una música melancólica y solemne como uno de esos salmos que se entonan en las iglesias por el descanso eterno del alma de los difuntos.

—¡Señor!... volvió á decir Marina con un acento tristísimo. Señor, yo he visto partir á mi amo en su mejor bergantín, para dirigirse conmigo, y tres hombres que manejaban el barco hacia *Texcoco*... Yo no sabía lo que iban á buscar... pero obedecí... Era muy de mañana... bogamos con brisa magnífica... atravesamos el lago hasta que llegamos á una isletilla pequeña...

—¡Aquí es! gritó un figurín humano espantosísimo... un ser atroz, engendro de Satanás y de la Maldad, en fin, un pequeñito hombre... ¡pero muy fuerte!... ¡y además que llevaba sus *hombritos* una cabezota descomunal!... ¡Aquel hombrecillo que yo no había podido distinguir era un enano...!

—¿Y qué pasó luego? preguntó el alto y magestuoso personaje que se encontraba con Marina á las orillas de la laguna aquella noche...

—¿Qué pasó luego, señor? Vais á saberlo... ¡Yo me estremezco de terror porque tuve que contemplar cosas horripilantes y siniestras como nadie las ha contemplado nunca... ¡Ah! pero no es eso todo, señor... ¡Si lo que presencié en unos cuantos momentos fué espantosísimo y raro... lo que oí fué todavía más, mucho más abrumador... ¡Ay de mí!... ¡ay de mí! Señor, esas palabras son de las que nunca se olvidan... ¡Qué horror! ¡Qué horror!...

Profundos sollozos cortaron las frases de Marina, quien se hallaba sentada en una roca, desde que principió su narración delante del magestuoso personaje de negro traje, que parecía un noble sacerdote, un príncipe de la Iglesia y al que Marina miraba temblando, pues sabía que aquel mismo día había llegado de España á *Coyoacan*

para hablar con Cortés... Como no le había encontrado porque el capitán había partido para *Texcoco* con Marina, el recién llegado vagó misteriosamente por entre las orillas del lago, vestido con amplia túnica negra... silencioso y muy respetado por todos los soldados conquistadores, quienes lo cuidaban escoltándolo desde lejos, medrosas, porque creían que podría ser un terrible enviado del Papa para observar las costumbres de aquellos hombres que acababan de conquistar un mundo!... ¡Qué hombre más negro y misterioso!... ¡Qué terrible y siniestro con su gigantesca estatura!...

¿Quién, quién será, quién será?... ¡oh! de donde podrá venir este alto monje del hábito negro... ¡de rostro oculto, siempre oculto!... ¿Quién podría ser?

¡Y que, por fin, ninguno lo pudo saber por lo pronto!... Atroz personaje negrísimo que se había presentado á los españoles en el palacio de Coyoacan precisamente en el instante mismo en que Cortés partía para *Texcoco* en busca de misteriosos descubrimientos, allá á la isletilla á donde le guió muy oculto, el extraño hombrecillo, el *ruín enano*...

Y luego había sucedido lo que Marina contaba

al personaje negro, tal cual lo voy refiriendo á mis lectores, á mis buenos amiguitos que deben haberse sorprendido grandemente con la maravillosa relación de estas aventuras, allá en la obscura profundidad del lago de *Texcoco*.



Dejemos, amiguitos míos, que la *Malinche* hable con el tremendo *personaje negro*, dejemos que la misma compañera de Hernán Cortés refiera sus impresiones atroces, allá en las tinieblas de la noche, cuando las nubes forman en lo alto del cielo extensos murallones de sombra, cuando cruzan relámpagos que iluminan las ondas del lago de *Texcoco* y allá en el ocaso las ruinas de *Tenochtitlan* y en el centro un bergantín que aun no divisan Marina y el alto personaje del manto negro...



Así dice Marina:

— ¡Seais quien fuereis, señor, que habéis venido de allá detrás los mares, representando á los



ministros que tienen los verdaderos dioses del cielo en este mundo; yo os tengo que referir todo lo que pasó cuando hace algunas horas partí con

mi amado, señor, y rey Hernán... ¡Partimos en su bergantín; él llevaba sus hombres de armas, sus toneles con pólvora cuando el *enano* traidor, gritó!:

—¡Aquí es! Llegábamos entonces á la isletilla... Desembarcamos.

Ibámos solo tres: Hernán, yo y el enano... ¡Ya era la hora en que el Sol se ocultaba; arrojando polvos de oro en las nubes y en el azul del cielo. ¡Aquí es! volvió á decir el enano. ¡Bajen!... y bajamos por unas escalerillas en forma de caracol, escalerillas de *tecalli* finísimo... ¡íbamos á llegar al baño subterráneo del gran *Netzahualcoyotl*!

—¿Y qué buscaba Hernán? preguntó la alta y negra figura que estaba al lado de Marina en la ribera del lago de *Texcoco*, en aquella noche.

—¡Buscaba los tesoros de que le había hablado el enano *Xpintiti*; uno de los que habían sido bufones de *Moctcuhezoma Xocoyotzin*, después de haber sido educado por artistas en bufonías y casos risibles y danzas estrambóticas en *Texcoco*... ¡Aquel vil enanito había prometido á mi señor Cortés llevarlo al baño, al *Tensaxcalli* subterráneo del Emperador de la belleza y de la libertad y de la virtud en el Anahuac, *Netzahualcoyotl*!

—¡Allí encontrarás en un cofre inmenso de

oro, incrustado con esmeraldas, rubíes y diamantes, el tesoro más grande del rey-poeta, del magnífico y virtuoso monarca que desde niño luchó contra la adversidad, combatiendo contra los enemigos de su padre con el robusto *macuahuitl*, ó vagando disfrazado por las sierras saltando entre los montes, escondiéndose en las cuevas, vestido con pieles de lobo y tigre, hasta que á fuerza de genio, perseverancia y valor subió al trono de Texcoco, embelleciendo á su reino con jardines y escuelas!...

—¡Oh, sí...! vamos al *temaxcall* ó baño de ese rico y bienaventurado rey! ¡dentro del subterráneo está la urna de oro donde se halla oculta la mayor riqueza de *Netzahualcoyotl*!... Y nada, Hernán Cortés cedió á la voz del vil enano que sabía aquel secreto... y del cual después de la conquista de México, se aprovechó para revelarlo al verse vencedor.. Por eso fué que partimos en el bergantín, llegamos... y echamos á andar por la isletilla hasta que mi amo me dijo:

—¡Quédate aquí, Marina, hasta que te hable! Y desenvainando su espada, precedido por el enanito fué bajando los escalones de mármol del subterráneo que bajaba al abandonado baño!...

¡Ay! ya hacía muchos, muchos años que aquello estaba abandonado para siempre!

¡Todo era silencio y soledad en aquella tristísima isla!...

¡Los dos bajaron lentamente!... Yo quedé espe-



rando... Mas luego escucho unos gritos horribles... desgarradores... ¿Qué pasaba?... ¿Asesi-

narian á mi amo y señor?... ¡Quién sabe!... Entonces yo, desobedeciendo la orden fui bajando, bajando por el caracol que descendía retorciéndose poco á poco, entrando en profundísimas tinieblas; luego me detuve.. ¡estaba en una como capilla baja, con bóveda como la de los cristianos!... ¡Y ¡oí una voz que decía en mexicano!

—*Tecuhtli*, que has descendido á profanar el Templo del Rey Justo; ya encontraste el tesoro que buscabas, allí lo tienes en esos cofres donde están ocultas las maravillas que hicieron grande á *Netzahualcoyotl*... ¡Hasta que no pronuncies la palabra santa no los hallarás y salga de aquí, y huya de la isla la mujer que la profana, hasta entonces no podrás obtener la llave de los tesoros... Yo comprendí entonces, señor, que debía retirarme... salí, subiendo la escalera del subterráneo; tomé una *chalupa*, dejando el bergantín de mi amo y llegué hasta estas riberas donde espero la vuelta de mi señor... ¡Ved... ved... es cierto, esa barca es la suya!... Viene cargado con las riquezas del temaxcall de *Netzahualcoyotl*!

.



¡Era verdad!... Las ráfagas de la noche tempestuosa y profundamente negra impulsaban con verdadera furia un bergantín cuya vela hinchaban aquellos vientos... Pronto atracó á la orilla de lo que es ahora la falda del *Tepeyac*... Escuchóse una voz que gritó poderosa y robusta, pero angustiadamente:

—¡Marina!... ¡Marina!

—¡Soy yo, soy yo, señor!... ¡Venid!

—¡Venid vosotros á mí y ayudad á mi venganza; he sido burlado en Texcoco por indignos enemigos...! ¿Sabes lo que encontré dentro del *Te-maxcali* de ese rey de Texcoco?

—¡Estas palabras: «¡Ve hasta la Justicia!» y debajo había un jeroglífico azteca, un águila que descendía sobre un lago en cuyo centro estaba un *nopal*?... ¿Qué significa todo esto, Marina? preguntó Cortés...

Oyóse una voz tremenda que partía de lo alto del cerro del *Tepoeyac*, voz sonora que así tronó:

—¡Significa redención para los oprimidos, castigo para los verdugos!

¡Qué cosa más terrible, el personaje negro que acompañaba á Malinche en la ribera de la laguna había desaparecido!... Solos y tristes volvieron á Coyoacan esa noche Cortés y Marina, mientras del fondo del horizonte surgían relámpagos de sangre, que parecían describir la gran palabra: ¡*Justicia!*

FIN.

Las Alegrías en Víspera de la Matanza
La Hija de Xicotencatl
La Barca de la Traición
El Subterráneo del Oro
El Sueño de Tenochtitlan
La Cólera del Pueblo
La Maldición contra el Déspota
La Noche Triste en Tenochtitlan
El Llanto de Cortés
La Piedra contra el Emperador
El Sitio de Tenochtitlan
La Sirena Blanca y el Tritón Negro
La Conspiración del Marqués de Valle
La Voz del Heroísmo
La Formidable Catástrofe
El Castigo Espantoso
El Último Teocalli
El Temaxcall de Netzahualcoyotl
México ante la Independencia Nacional
Los Crímenes y las Epopeyas de México
Los Vireyes de la Nueva España
Las Infamias de la Ambición
Los Crímenes de la Ambición
Las Auras de la Independencia
La Infamia del Rey Tzintzicha